

silencio que impuso una represión feroz que duró 40 años, algo perfecto para el fascismo. Les paralizaron sus vidas al quitarle a sus hijos entregados en adopción a familias adictas al régimen; les robaron su juventud, sus proyectos de futuro y llenaron su vida de dolor y desesperación al arrebatarnos para siempre a sus seres queridos. En muchos casos tuvieron que disimular su pasado y someterse a los designios de la dictadura. Los archivos y hemerotecas estaban clausurados, la documentación y la prensa de aquel periodo prohibida.

— *¿Qué recuerdos guardas de tus entrevistas y encuentros con los personajes biografiados?*

— Fueron muy positivos y enriquecedores. Me mostraron la otra cara de nuestra Historia; una visión muy diferente de la que se enseñaba en escuelas y púlpitos. Me hablaron de sus luchas por un mundo más justo, en lo cultural y lo social; sobre todo para sus hijos, era su aspiración suprema. Supe por qué se habían marchado, por qué habían resistido un exilio lleno de nostalgia, la sinrazón de vivir en países con otra cultura. Lamentaban la separación de los suyos y de lo suyo, el tiempo perdido para la superación personal y, por lo tanto, el irreparable daño al marginar a España del proceso histórico progresista emprendido por la República, tras siglos de monarquía; pero, ante todo, la salvaje represión, que duró hasta el mismo año de la muerte del dictador. Naturalmente, que esos recuerdos, detenidos en el tiempo, los habían idealizado, pero sus versiones se asentaban en la realidad histórica. Por ejemplo, María Casares, la gran trágica galaico-francesa, me contaba en Collioure, en un acto dedicado a Antonio Machado, su sorpresa de adolescente, cuando llegó exiliada a París, en 1936, el retroceso que supuso para ella la enseñanza francesa, al tener que adaptarse a métodos tradicionales, memorísticos en su mayoría. Me hablaba además de la separación de sexos, superados en Madrid con la coeducación del extraordinario sistema pedagógico del Instituto-Escuela, derivado de la Institución Libre de Enseñanza. Y eso que estamos hablando de Francia...

— *¿Qué has aprendido de estos hombres y mujeres de tan diversas profesiones y formación cultural?*

— Creo que después de la influencia de Mariana de Pineda, en mi adolescencia y primera juventud, ellos y ellas fueron mi universidad en

el terreno sentimental y social. Porque actuaron en circunstancias muy concretas, desde cargos y posiciones plurales, y contribuyeron, en plena guerra, por ejemplo, al progreso de la medicina, como fue el caso de Josep Trueta, con su descubrimiento de la doble circulación renal y el método para salvar de la gangrena a los accidentados por el trabajo y a los combatientes en la guerra. Cuando yo escribía su libro, me extrañaba que mucha gente en Cataluña desconociera su decisiva aportación. Tan importante que no sólo fue útil y revolucionaria en nuestra guerra, sino que su método lo emplearon en la Segunda Guerra Mundial y después en Corea. En Oxford su nombre lo veías en el hospital en el que él había enseñado y trabajado. Y aquí era un *rojo separatista*. Otro investigador de talla universal es Federico Durán y Jordá, que hizo posible, en nuestra guerra, las transfusiones de sangre a distancia. Antes al donante había que acostarlo junto al soldado. Imagínate esto en un frente de guerra.

— *De las mujeres que has investigado ¿cuál es la que te ha atraído o impresionado más?*

— No me es fácil establecer prioridades, ni entrar en cuestiones comparativas. Cada cual desde su posición eligió el riesgo y lo asumió a sabiendas de su implicación. No todas las mujeres hicieron frente al fascismo por estar comprometidas, la gran mayoría no habían estado implicadas en asuntos sindicales ni políticos, pero adoptaron la posición de sus hijos, padres, hermanos, compañeros. Igual pasó cuando salieron al exilio. Ellas decían: «Si mi hijo se va, donde él esté, está mi sitio. Si él lucha por unas ideas —que quizá ellas no tenían muy claras—, yo estoy a su lado». Esta actitud refleja su grandeza. Muchas de ellas eran mayores ya, pero capaces de arrostrarlo todo por el amor a los suyos. Para mí, en esa elección, reside la magnitud de amor, que puede generar el ser humano, y sobre todo la mujer.

— *Pero habrá alguna en especial, tal vez...*

— Sí. Una de mis grandes sorpresas fue conocer a Adelita del Campo. Esta mujer era la voz de «¡Aquí Radio París!» Una voz mítica durante el franquismo. Noche tras noche, a las once en punto, su saludo irrumpía en muchos hogares españoles. Escuchar «Radio París» bajo la dictadura era un acto subversivo, con el riesgo de ser

denunciado por cualquiera. Su voz y la de Julián-Antonio Ramírez, su compañero, desgarraban las densas tinieblas del oscuro silencio informativo impuesto al país. «El Correo del Oyente», de Adelita, mantenía viva la esperanza de aquellos radioyentes furtivos, que en silencio desafiaban el peligro cada noche a favor del legítimo derecho a la información sobre lo que ocurría en su propio país. Otra mujer fue Teófila Madroñal. Estaba yo en Montevideo: lo oficial era dar conferencias sobre Lorca y Margarita Xirgu, en varios países de Sudamérica; la Generalitat había subvencionado el pasaje para ello; pero a la vez aprovechaba mi paso para recoger testimonios de mujeres exiliadas en aquellos países. Cuando me invitaban a la radio o a la televisión, dejaba el teléfono del lugar que me alojaba para que se pudiesen en contacto conmigo. Un día, al acabar el programa en la televisión uruguaya me pasaron una nota. Era una profesora que me pedía que no me fuese sin hablar con Teófila Madroñal, una exiliada luchadora que estaba en fase terminal en un hospital. Cuando llegué ya la habían trasladado a su casa. Me encontré ante una mujer moribunda. Al ver su estado le dije que podíamos vernos otro día. Ella sabía que no habría *otro día*. Me senté al borde de su cama y como si me hubiese estado esperando, empezó a contarme su vida. Sus recuerdos fluían nítidos, muy frescos, como de no haberlos borrado nunca. Su testimonio era apasionante, de aventura y lucha asumidas conscientemente. Había tenido una infancia muy dura y analfabeta. Se casó con uno de los primeros comunistas de España, que murió en la guerra luchando en el frente. Fue su gran amor. En los primeros tiempos de miliciana fue herida y su voluntad de servicio la llevó a hacer cursillos de enfermera y acabó la guerra en Sanidad, como sargento de Milicias Populares. Antes de llegar a Uruguay, su exilio la llevó a diversos países. Regentaba el modesto hotel Basconia, donde albergaba, generosamente, a gentes sin recursos, como lo haría con los obreros de la llamada «marcha de los cañeros de la Bella Unión», contraviniendo la orden del Gobierno a la población civil de no prestarles auxilio. Aquel grito de Teófila a los manifestantes, concentrados en la grandiosa plaza de la Libertad: «Las mujeres y los niños a mi casa y sopa caliente para todos», fue un desafío que pagó con la tortura al ser acusada de complicidad con el movimiento Tupamaro. Teófila, al final de su relato, transformada, con gran naturalidad, me entonó las canciones que fueron divisa en nuestra guerra, con letras alusivas a las batallas y a sus líderes. Y

como ofrenda y señas de identidad me dejó su carnet del 5º Regimiento de Milicias Populares, del batallón Leningrado. La trayectoria de aquella mujer, que no tardó en morir, me hizo recordar los versos de Walt Whitman: «Los infinitos héroes desconocidos valen tanto como los mayores héroes de la Historia».

